

EL RELATO DE LA YACUMAMA

Érase una vez, un niño llamado Juan de nueve años de edad, descendiente del valeroso pueblo Amarakaeri, que fue a educarse a Puerto Maldonado, el niño fue llevado a una casa hogar muy bonita y cómoda, con muchas habitaciones y un gran patio lleno de plantas y árboles, que le recordaban su comunidad.



Una tarde le dijeron al jovencito que iniciaría sus estudios y que podrá conocer a muchos niños y aprender cosas nuevas. Al día siguiente, se despertó muy temprano, era hora de partir a la escuela, él pensó que caminaría como siempre lo hacía en su comunidad; sin embargo, hicieron que suba en una moto para llegar al colegio.

Cuando llegó a su escuela, encontró a muchos niños jugando en el patio, camino temerosamente hacia ellos, uno que otro escolar lo miraba. En eso se oyó fuerte el grito del auxiliar – ¡entren a sus salones, que esperan! Juancito no sabía a qué aula entrar, pues recién conocía su escuela.

- ¿Cuál es tu salón niño? Pregunto el auxiliar.
- No sé señor, respondió el niño balbuceando.
- ¿Cuál es tu nombre hijo?
- Juan Tayori Manya.



La profesora que estaba atenta a la charla, llamó al auxiliar para que lo llevará a su aula, lo presentó a los demás y todos aplaudieron.

- ¡Bienvenido Juan, gritaban en coro!

Juan se emocionó a ver que todos coreaban su nombre. Luego la profesora tomó su plumón y puso en la pizarra: “Expresamos nuestros relatos...”. Las horas habían pasado rápido; sin que él se diera cuenta, ya era receso. Antes que salgan la docente les advirtió que después presentarían sus relatos, todos salieron corriendo al patio, otros iban al quiosco, solo él se quedó al lado

de su salón mirando atentamente a sus compañeros, pensando en que relato contar: ¿Qué era eso? ¿Qué diría?, todos lo mirarían, se burlarían de él.

De repente se oyó gritos de algunos chicos que estaban en la pileta, jugando con el agua, salpicándose entre ellos, mojando la cabeza y rostro de otros; gastaban de manera incontrolable el agua, dejaban que corra sin hacer uso de ella. En ese momento, Juan recordó con tristeza las predicas del viejo abuelo Julio Tayori, un sabio indígena y chamán, quien fue sobreviviente de la fiebre del caucho. En vida siempre repetía: *“El agua es vital para satisfacer nuestras necesidades físicas y espirituales, y se debían usar solo en lo necesario...”*. Asimismo, hoy en su comunidad hacía mucha falta el agua limpia, por necesidad tenían que beber agua turbia, contaminada y llena de barro, causado por los mineros ilegales que arrasaban los bosques y envenenan los ríos.

Juan se sentía muy triste por ver como sus compañeros no sabían cuidar ni valorar el agua; por lo tanto, pensó contarles una historia que había escuchado a su bisabuelo, con el fin de concientizarlos acerca del uso del agua. Al retornar del recreo, a Juancito le tocó salir al frente y relatar una historia; estaba nervioso, le sudaban las manos, todos le observaban fijamente. Para él, era un reto pararse frente a todos en el aula, y dijo:



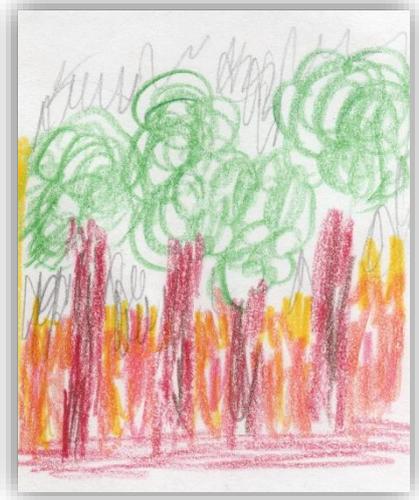
“Hace muchos años, en mi Pueblo Harakbut, la Yacumama, Diosa de las aguas, observaba muy enojada desde el fondo de los ríos, cómo los hombres irresponsables de mi comunidad botaban al río su basura y desperdicios, sin pensar en las terribles consecuencias de sus actos. No tenían amor, respeto ni cuidado por el regalo que les habían dado la madre tierra y la Yacumama; por lo que, desilusionada decidió darnos una lección; trajo una gran sequia a la zona para que comprendamos el valor del agua.

Al poco tiempo, los afluentes que alimentan al gran río Colorado y Pukiri comenzaron a desaparecer, junto con las plantas del bosque, los peces escamados y animales que vivían allí, al igual que muchos niños y ancianos que desaparecían o fallecían de enfermedades misteriosas al beber el agua de las



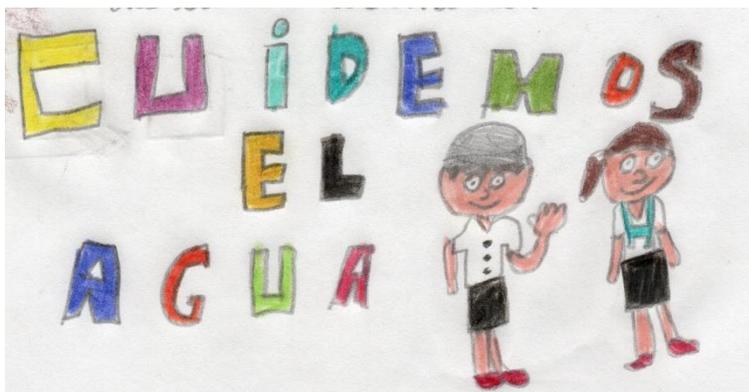
ella

quebradas. Asimismo, aparecieron numerosos incendios, era una desgracia que había caído sobre mi comunidad. Nadie entendía lo que pasaba, el único que comprendió la situación fue mi bisabuelo Julio Tayori, quién se apresuró a tomar la sagrada Ayahuasca. A través de sus ícaros, llamó a la Yacumama, invocando su perdón y que nos devuelva el agua del río. Muchos días después, la madre de las aguas viendo la desesperación y agonía de los pobladores, hizo llover y brotar de los afluentes agua cristalina, no antes de advertirnos en sueños que, si seguíamos sin cuidar el agua, nos castigaría por siempre.”



Cuando Juan termino de contar su relato, la maestra grito --bravo, bravo, bravísimo-- y comenzó aplaudir con algarabía por la forma brillante de transmitir su mensaje, los alumnos se unieron a los aplausos y felicitaciones de su profesora. Mientras tanto el jovencito sentía tanta felicidad y orgullo de sí mismo. Con el fin de sensibilizar a los niños y niñas en el cuidado del agua, además aprovechando los conocimientos y las habilidades de Juancito, la maestra esa mañana les propuso realizar una actuación teatral, escenificando el relato del niño para que todos conozcan el mensaje. Juan sentía una felicidad inmensa, su historia era valorado, también había logrado que se promueva el uso racional del agua entre sus compañeros. Él quería que comprendieran que el agua es vital para la vida y que somos afortunados de tenerlo en nuestras casas, hay pueblos que no tienen esa dicha.

Juancito regreso saltando de un pie a la casa hogar, entro en silencio, sin hacer bulla a su habitación, pensando en lo importante que fue contar su relato.



MENSAJE: “El agua es vital para satisfacer nuestras necesidades físicas y espirituales, y se debían usar solo en lo necesario”.

FIN